

SUPLEMENTO INFANTIL

DE

EL BIEN PÚBLICO

Año VIII

Mahón 3 de Marzo de 1932

Núm. 462

El egoísmo en los animales

Dominguín y sus hermanitos pasan unos días en la casa-torre que su papá adquirió en el campo.

Allí, en pleno bosque, a más de 400 metros de altura sobre el nivel del mar, los grandes oxigenan sus pulmones y las niñas se robustecen para hacer frente a los embates que más tarde traerá para ellos la inevitable lucha por la vida.

Aquella mañana Dominguín y sus hermanitos habían ido a coger nidos, y regresaban llorosos y cariacontecidos.

Y es que no sólo tenían el regaño del Abuelo, que les tenía prohibida la cruel diversión, sino que el pequeño, Alfredín, traía sangrando un dedo, gracias al picotazo que le diera un gorrión cuando intentaba apoderarse del nido en que tenía a sus pequeñuelos.

—¡Mira, Abuelito... sanguel...—gemía el chiquitín.

—Sí; sangre que te ha causado tu desobediencia y la mala acción que ibas a cometer.

—¡Jil! ¡jil! ¡jil!
—Vamos, no llores, y no vuelvas a hacerlo más, si no quieres que yo me enfade y que no te quiera.

—Y tú, Dominguín: tú que eres el mayor, ¿cómo has consentido que tu hermanito...?

—Es que estaban tan monines los pajaritos con su pico amarillo. ¡piando... piando...

—Y llamando a su madre, que ha acudido a sus gritos y ha castigado vuestra mala acción, ensangrentando el dedo de tu hermanito.

—Pero, Abuelito: si todos los niños salen a buscar nidos...

—Y todos esos niños, como vosotros acusan una dureza de corazón que no tiene perdón de Dios.

—Vamos a ver: ¿te gustaría que viniera un extraño y se llevara a Alfredín y Elisita?

—¡No, Abuelito! Y si viniera, le pegaría.

—Pues eso es lo que ha hecho la madre de esos gorriocitos; defender a sus hijos a picotazos, como hacen todos los pájaros.

—Digo, todos no; sólo hay un pájaro que abandona a sus hijos aún antes de nacer, no se sabe si huyendo de los cuidados que necesitan los pequeños hasta que pueden volar.

—¿Y qué pájaro es ese, Abuelito?
—El *cuculillo*; el *puput*, que decimos nosotros.

—Ese es el único pájaro que para evitarse el cuidado de sus hijos, pone sus huevos en los nidos de otros pájaros para que los incuben y los saquen del cascarón.

—Hacen como esas madres que antes de nacer sus hijos, les buscan ya ama de cría, para evitarse las molestias de la crianza.

—¿Y por qué hace eso el *cuculillo*, Abuelito?

—Ese es un misterio que difícilmente llegaremos a penetrar.

—Yo recuerdo que, de niño, muy niño, me dedicaba con varios amiguitos a la busca de nidos, cuando las madres estaban incubando los huevos, para en cuanto nacieran los pajarillos, apoderarnos de ellos, y esa costumbre me costó una reprimenda de mi abuelito, que no me dieron ganas de repetir el juego, porque comprendí que era inhumano y criminal.

—Pues bien, un día en que estábamos escondidos observando a un pajarillo que hacía viajes a su nido, pasó un cuco velozmente por encima de nosotros en dirección al mismo nido, y a poco le vimos salir perseguido por tres o cuatro pajarillos que le picoteaban.

—Uno de ellos se había agarrado con su pico tan fuertemente al cuello del cuco, que éste le sacudía como un cintajo para desprenderse de él.

—Lo consiguió por fin, y desapareció; pero a los pocos momentos volvió a aparecer, y entonces vimos que el cuco tenía el cuello hinchadísimo como si llevara en él una especie de bola, lo que hacía que las plumas de la garganta se le pusieran de punta.

—Se hundió entre la hierba, y a los pocos segundos reapareció y escapó volando velozmente.

—Corrimos a ver que había hecho allí, y nos encontramos con un nido de pajarillos, pero con tres huevos en vez de dos que había poco antes.

—Uno de aquellos huevos estaba pegajoso; era el del cuco que indudablemente lo llevaba algo más abajo de la garganta y que introdujosele en la parte superior del tubo digestivo.

—Según parece, ese es el medio que emplean para depositar sus huevos en los nidos de las otras aves para evitarse el trabajo de empollarlos; como si esos nidos fueran una inclusa para sus hijos.

—Ordinariamente son los nidos de los reitanes los elegidos para dejar sus huevos, pues sólo ponen uno, y a lo más, dos.

—De manera que el egoísmo no es defecto desconocido entre los animales, como lo demuestra el *cuculillo*, y en contraposición con ellos—y eso acrece el misterio que encierra la conducta egoísta de esas aves—se ha observado que los reitanes, cuando el cuco deposita un huevo en su nido, destruyen uno de los que había puesto su hembra, para dar preferencia al que allí dejó el cuco.

—¿Los prefieren a sus hijitos?

—Exacto, y eso es un enigma que no ha logrado desentrañar la ornitología. Es decir: la sublime abnegación, dándose la mano con el supremo egoísmo.

EL ABUELO

T. B. O.
SEMANARIO INFANTIL
Ocho páginas de amena lectura con profusión de grabados.
Historietas — Cuentos — Chascarrillos.
Precio: 0'10 pesetas.
Vendese en Mahón en la Librería de Manuel Sintes Roiger, Plaza del Príncipe, 17.

CUENTO

El quinto, no matar

Juan volvía de la guerra. En el pecho del soldado brillaba una cruz. Porque Juan, queridos amiguitos, había sido un héroe, un valiente que jugándose la vida, saliera a pecho descubierto, a rescatar la enseña gloriosa de la patria. Y logrado su propósito, la Prensa ocupóse en letras de molde de su magnífica hazaña, y en signos de sangre, de la suya, quedó sobre la tierra enemiga, el hecho sublime del heróico soldadito español. Qué contento tornaba, inundado el corazón de alegría y de risueñas esperanzas. ¡Sus campos! ¡Sus amores! ¡Su casa! Volaba la imaginación del mozo, adelantándose al tren que corría por las pardas llanuras castellanas, para besar a la madre, ¡su adorada viejecilla! ¡Qué abrazo tan fuerte y tan sincero el que habían de darse! Después pensó en las fiestas; precisamente mañana empezaban. No podía llegar en mejor hora: luego, con íntimo deleite, la vió a ella, a Carmiña, su novia, la rapaza bonita y buena; la que él creía buena... y no lo era, no. Todos se lo ocultaban. ¿Para qué hacerle sufrir? Ya se enteraría él mismo de la traición de la siempre amada, pues todos en el pueblo sabían que Carmen, Carmiña, habíase burlado cruelmente del muchacho para ponerse en amores con el hijo del más rico del lugar. ¡Pobre Juan! ¡Qué gozoso y alegre tu regreso! ¡Qué triste tu retorno cuando la terrible realidad, con sus zarpas de fiera, destrozó cruelmente tu noble corazón! El tren afloja la marcha; Juan, todo el cuerpo fuera de la ventanilla, reconoce el paisaje querido y soñado. Ya entró la máquina en agujas, ya distingue claramente los bultos de las personas que le esperan, en el andén. ¡Su tierra! ¡Su patria chica! El rapaz acaricia la cruz, símbolo de su heroísmo; aclamaciones jubilosas le saludan, una viejecita se adelanta trémula: ¡Hijo! ¡Hijo! ¡Mi Juan! Y es tan hondo, tan fuerte el abrazo, que por un momento confúndense los cuerpos de la anciana y del soldado. Tiende el mozo su mirada ansiosa buscando entre las caras amigas. ¿Y Carmiña? ¿Cómo no vino, madre? Un silencio de angustia le responde; por fin, uno del grupo exclama con voz que aparenta ser indiferente: «Espere en casa, ya sabrás de ella. ¡Ea, en marcha!» «¡Vamos!», responde Juan. Pero allá, en el fondo de su alma, se ha apagado una lucecita de esperanza, y ha recorrido su cuerpo un escalofrío de dolor. Quiso correr y no pudo, sombras negras nublaron sus ojos y, rotas sus energías, cayó desvanecido en el umbral vibrando de angustia la voz sollozante. ¡Hijo! ¡Hijo! ¡Por mí, hazlo por tu madre, a la que matas también! Pero ya Juan, sin escuchar los ruegos, insensible a las súplicas, corría, corría por las calles silenciosas del pueblo en fiestas, buscando la plaza en donde su instinto le presagiaba que había de encontrar a la ingrata. Una idea fija, tenaz, implacable, impulsa sus pasos. ¡Matar! Matar a la infame, que burlando su cariño honrado hundíale en el abismo sin fondo de la desesperación. Acababa de entrar en la plaza, y con mano nerviosa oprimió fuertemente el arma homicida. Allí, junto a la pared de la ermita, Carmiña, la desleal, reía y bromeaba con su nuevo cortejo. Una nube de sangre entendiéndose ante él y avanzó resuelto hacia la pareja, ¡No reiría más! ¡Con qué placer iba a hundir el puñal en el pecho de la infame! Pero de pronto, las puertas del templo se abrieron, y ante sus ojos atónitos, la imagen serena de Cristo Crucificado mostróse grandiosa, en toda su magnificencia. Era la procesión del Santo Patrón que comenzaba a desfilar. Las pupilas del soldado claváronse con ansia en la faz del Cristo, y le vió, cubierto de espinas, sangrantes y laceradas sus carnes, y le pareció que los labios sagrados se movían exclamando: «Perdónalos Señor, perdónalos». Cayó el mozo de rodillas, lacio y sin fuerzas el brazo criminal, pero sintiendo que una vida nueva le prestaba alientos, ante el ejemplo de Aquel que clavado en la cruz, sus últimas palabras eran de perdón y disculpa para sus verdugos. Los besos de la madre

le volvieron a la vida, y en sus oídos las palabras del párroco, informado del suceso, cayeron después en el bálsamo bienhechor: «No sufras, hijo, ya serás feliz; has sabido vencerte y cumplir el quinto mandamiento de la ley de Dios, NO MATARÁS, sé fuerte, piensa en El». Y Juan, vuelvas a florecer sus ilusiones, sonreía dichoso con la íntima satisfacción del deber cumplido. Esta es, queridos amiguitos, la historia del soldadito Juan, del héroe de la guerra, a quien la vida hizo comprender que es aún mayor heroísmo el perdonar que el matar.

MANUEL G. BENGOA

El campesino quiso conocer al Rey de Francia, Enrique IV

Se encontraba un día de cacería con sus palatinos y grandes títulos, Enrique IV de Francia. El rey quedó distanciado y separado de las personas de su séquito. Sólo en el campo llegó un momento en que se consideró perdido.

Anduvo el monarca caminando sin rumbo ni orientación hasta el momento que dió con un campesino. Este se adelanta a prestar su auxilio, ignorando como es consiguiente la persona ilustre que tenía ante él.

—Caballero, por lo visto debéis ser algún oficial del rey que anda por aquí cazando. Jamás he visto su cara y me agrada el conocerlo. ¿Por qué no me lo enseñáis?

—Mira, acompáñame y guíame hasta donde él se encuentra con sus cazadores—le respondió el soberano.—Ya te diré yo quien es.

—¿Y como le conoceré?

—Cuando lleguemos a él, verás que todos los cazadores se descubren. Sólo una persona quedará cubierta. Esta será el Rey. Caminaron un rato y el guía iba conversando animadamente. Al llegar a reunirse con sus palatinos, todos se descubrieron y hablaron de su inquietud al monarca, al considerarle perdido en el bosque.

El campesino, preguntó al rey:

—Bueno, pero decidme, ¿quién es el Rey?

—¿No os he dicho que el que estuviera cubierto entre los palatinos, sería el propio monarca?

Como el campesino seguía cubierto, por toda respuesta se le ocurrió expresar:

—En este caso, uno de los dos debe ser el rey, porque somos los únicos que aquí están cubiertos.

La España gloriosa

LA TARJETA DE VISITA

Por pequeños que seáis algunos jeroministas, os habréis dado cuenta, sobre todo en las poblaciones, de un trocito de cartulina con un nombre y unas señas. Me refiero a las tarjetas de visita. Hoy no hay persona de postín, y aunque sea de medio postín, que no lleve en su cartera unas cuantas tarjetas de esas, para entregarlas a todo aquel con quien se hable por primera vez. La tarjeta de visita es en los tiempos que corremos artículo de primera necesidad; es de una utilidad enorme, su invento, pese a su aparente sencillez, fué verdaderamente genial. Pues ese invento fué español. Las primeras tarjetas de visita fueron empleadas a lá por los años 1751 al 54, por los españoles que acompañaron al infante don Carlos en su viaje a Parma.

Las manos, los pies y el vientre

FÁBULA

Enojados los pies y las manos, dijéronle un día al vientre, cuya suerte envidiaban.

—¡Holgazán! Tú eres quien se aprovecha de nuestro trabajo y quien sin prestarnos jamás ayuda, te apropias nuestras ganancias; pero en lo sucesivo no te alimentaremos más y, por consiguiente, tendrás que elegir entre dos cosas, oficio que te produzca lo suficiente para que te mantengas, o morirte de hambre.

Y, como los pies y las manos se quedaron inactivos, el vientre, al dejar de recibir comida, fué perdiendo calor hasta llegar a debilitarse de tal modo, que los demás miembros enflaquecieron, perdieron las fuerzas y no tardaron todos en perecer.

Lo mismo que el cuerpo humano, ocurre en la sociedad: unos miembros han de servir a otros, puesto que nadie se basta a sí mismo, y solamente ayudándose todos mutuamente pueden vencerse las dificultades de la vida.

ESOPO

La potencia de la luz blanca no ha sido superada

La luz blanca será siempre la triunfadora entre todas sus similares. La potencia y luminosidad de ella no ha sido superada hasta la fecha.

Las experiencias hechas demuestran que la luz blanca puede distinguirse a 1.500 metros de distancia. En cambio la luz amarilla o rojiza, no goza de esa fuerza luminosa.

Un farol, cubierto por un cristal rojo, amarillo o verde, con cuatro bujías en su interior, apenas se distingue a 200 metros de distancia. Porque los cristales absorben la mayor parte de la luz.

El mismo farol, con cuatro bujías y cristal blanco, transparente logra tener un alcance de 3.000 metros. Los técnicos han aconsejado además la luz blanca para la lectura y la escritura. Ella es más dulce y permite el trabajo con menor desgaste de la pupila. Y así es que la luz blanca, será constantemente la favorita para los trabajos en general.

Un moscovita tiene unas uñas de dos metros de largas

Una curiosidad extraordinaria se nos presenta para el comentario. ¿Teréis las uñas largas? ¿Las queréis tener más cortas, llegar a un par de metros? ¡Qué disparate! ¿Será posible que algún ser humano llegue a reunir las uñas de toda su existencia en la carne, sin cortarlas, ni doblarlas?

Un poco aventurado parece todo esto, pero es lo cierto. Cuentan de un moscovita de sesenta y cinco años, que ha logrado poseer esa joya de sus uñas durante toda su vida. Las uñas crecen un milímetro por semana y el moscovita desde la edad de catorce años estuvo dejándose las. Y no hay que decir. Unas uñas fantásticas, de dos metros de largas.

Montar en paciencia y a conservar las uñas. Lo malo es que ese afortunado conservador de sus uñas, no será hombre apto para el trabajo. ¿Cómo se las va a componer para coger la pluma o el tenedor? A lo mejor, la misma uña le servirá para ambos fines.

La familia cósmica

Et jam nox innida cocio precipitat, suadenque cadentia sidera somos. (Encida, canto II)

El Sol y la Luna tienen una larga descendencia...

Padre del Sol tiene su lecho detrás de la fuerte tierra, el gallo todos los días con su canto le despierta, y lentamente, asomando su esplendente cabellera va Padre Sol ascendiendo con su ancianidad a cuestras, cumpliendo con su deber de alumbrar nuestras miserias.

Su constancia fija el tiempo y su tesón nos enseña; para elevarse trabaja y sin rastrear se eleva.

Renuncia a sus familiares y su actividad despliega a conseguir el fin único para que el Creador le hiciera.

Y sube, sube animado de esperanza siempre nueva —cuanto más sube, más brilla, hasta que exhausto se entrega al descanso, con la gloria del que ha triunfado en la empresa.

Hállase tan fatigado en ocasiones, que apenas puede cumplir sus anhelos pese a su estructura férrea, y entonces las nubes lloran tanto que a nosotros llega, y que nos impide ver al padre de las estrellas.

—Y entre tanto, consolado, va adquiriendo nuevas fuerzas.

La luna es la buena madre que por las hijitas vela, y cuando el cónyuge amado en blanco lecho se acuesta, del gran patio del recreo abre la Luna sus puertas, e irrumpiendo en él las hijas el cielo al punto se alegra.

Corren unas dando al viento las sueltas rubias melenas —juegan a las cuatro esquinas las estrellas pequeñas.

Otras —las adolescentes— se colocan en hileras, y jugando a los soldados se pasan la noche entera.

Las mayorcitas en grupos de sus amores conversan y otras muchas filosofan aisladas, graves y austeras.

Y Luna Madre es dichosa viendo a sus hijas contentas; y al sacrificar su vida por la felicidad de ellas. Madre Luna no descansa y pasa los días en vela al lado de Padre Sol prodigándole ternezas...

¡Si en esos rudos trabajos ella ayudarle pudiera...!

Y vuelve el gallo a cantar y torna el Sol a la brega, y Madre Luna recoge sus hijas para que duerman.

Y Padre Sol está triste, porque no ve a las estrellas y se levanta más pronto, muchas veces, y las besa.

Luna Madre, Padre Sol, ¡os lo digo con franqueza! Jamás he visto familia tan amorosa y tan buena... Por algo moráis vosotros más arriba de la tierra.

NICOLÁS CARRERA DEL CASTILLO

Aforismos de un médico práctico

El niño que al nacer pesa menos de dos kilos, o no es del tiempo o está enfermo.

* *

Más pulmonías se cogen por respirar aire confinado, que por sentir la molestia del frío.

* *

Como el calenturiento salga del baño como el negro del sermón, haréis mal en repetirselo.

Lo que todos debiéramos saber

En Lüneburg (provincia de Hannover), existe una urna de cristal que encierra un jamón perfectamente conservado, que tiene al lado una lápida de mármol negro en la que se lee: «Contemplad los restos mortales del cerdo que ganó gloria imperecedera por haber descubierto las minas de Lüneburg».

Efectivamente, hozando en aquel lugar, descubrió casualmente las famosas minas de cobre. En aquel sitio se levanta hoy la ciudad de Colnivet, al Sur del lago Michigan.

—Afirmar una eminencia médica que para curar la tos ferina, basta con pintar la garganta por su parte de atrás y el nacimiento de la lengua con un papilito curvo impregnado de una disolución de ácido cítrico al 10 por 100. Aunque menos eficaz, en substitución del ácido cítrico puede usarse jugo de limón.

—Se ha demostrado que en el crecimiento de los gusanos de seda, influye favorablemente la luz violeta, pues los gusanos crecen admirablemente y dan mayor cantidad de filamento.

Por el contrario, la obscuridad les es desfavorable.

—Cuando Alejandro Magno venció a Poro, rey de la India, cogió un enorme elefante que había luchado valientemente contra sus tropas, y le puso en libertad, después de ponerle una pata de metal en una pata. 350 años después se capturó al elefante con la pata intacta, de manera que no es exagerado creer que esos animales viven cinco siglos y aún más.

—No hay ningún punto en Europa donde no nieve alguna vez al año.

—La policía de Calcutta, además de las obligaciones de las demás policías del mundo, tiene la de capturar los tiburones que infestan el río Hugli.

—Por regla general, el cabello del hombre se pone blanco cinco años antes que el de la mujer.

SALDO DE CHISTES MALOS

COLMO.—¿Cuál es el colmo de un cerrajero hambriento?

—Comerse las «rosas» de los tornillos.

PARECIDO.—¿En qué se parece un «clavo» cuando frena a una linde?

—En que «se-paran».

—Piedra, ¿es palabra aguda o llana?

—Llana; pero se puede tropezar uno fácilmente.

COLMO.—¿Cuál es el colmo de un soltero?

—Meterse en un cajón y salir Casado.

—¿No te pones de mal humor cuando te presentan una cuenta larga?

—Al contrario, el que se pone de mal humor es el que me la presenta.

—¿Porqué?

—Porque no la pago.

COLMO.—¿Cuál es el colmo de una usurera?

—Prestar atención.

CHISTE.—¡Hola, Manuela!; tu hijo siempre llorando.

—¡Ay, amiga!; por más que le pego nunca calla.

COLMO.—¿Cuál es el colmo de una «gorda»?

—Valer diez céntimos.

CHISTE.—Un buen consejo.—¿Me haría el favor de pasarme a la otra orilla y le daré un buen consejo?

En la otra orilla.—No pase a muchos como yo, pues no hará ganancia.

PARECIDO.—¿En qué se parece un hombre que está mojado a una tienda de comestibles?

—En que el hombre «va-calao» y en la tienda hay bacalao.

Imp. de M. Sintet Rotger.-P. Pablo Iglesias, 17.-Madrid

FOLLETÍN DE «EL BIEN PÚBLICO»

EL HADA ALEGRÍA

— POR —

RAFAEL PÉREZ Y PÉREZ

(28)

limosnas, hemos emprendido lentamente la vuelta al castillo, que se destaca muy esbelto en la cima del monte como una sombra de amparo y protección para todos aquellos que buscan alojamiento a sus pies...

Es por lo único que amo la riqueza; porque me permite dar... dar mucho y sin tasa a esos pobres hermanos a quienes la miseria abate y a los cuales unas cuantas monedas dadas con oportunidad bastan para cambiarles en alegres y risueños los horizontes negros de un día desesperado, por el fantasma amenazador del hambre, por los lamentos de los pequeñuelos que piden pan.

¡A poca costa se les puede hacer felices! ¡Y cuántas veces al entrar la limosna en esos hogares, donde la

preocupación de las necesidades diarias no deja lugar para pensar en lo eterno, lleva no sólo el alivio de las miserias materiales si que también, con frecuencia, la salvación de las almas atraídas suavemente hacia el bien por la misma mano misericordiosa que da el socorro de la caridad!

Siempre vuelvo de estas visitas con el alma iluminada y feliz. El contento generoso de hacer el bien me invade y pienso que soy demasiado dichosa para lo que se usa en este valle de lágrimas.

Entonces, como una especie de compensación, éntrame el deseo de dar mucho para tener ante Dios algún mérito: el de las buenas obras, ya que la felicidad de mi vida no me permite ofrecerle el de la resignación y sacrificio.

Lentamente, ascendíamos por el comienzo de la espiral que rodea el amplio montículo, dejando atrás, muy abajo, las casas blancas y las huertas verdes, el mar sereno y las barracas pescadoras.

Ya Pilar se iba fatigando y yo me cansaba también porque, realmente, aquella cuesta ruda era un final dema-

siado penoso para el extenso paseo que habíamos hecho rompiendo nuestras costumbres sedentarias. Propiamente yo descansaba bajo los pinos cuyo verde cortinaje nos defendía del sol, cuando oímos el trote acompasado y firme de un caballo y el rodar de un carruaje que subía a la zaga nuestra. Momentos después mi padre paraba ante nosotras su cabriolé arrastrado por un vigoroso bayo obscuro. Solamente cabían dos asientos en el estrecho carruaje: los ocupaban mi padre y el botones.

Insté a mi madrastra para que subiese en lugar del muchacho que bajó prestamente, y a los reiterados ruegos de mi padre, que quería volver a recogerme en el coche, contesté decidida y firme.

—Yo no estoy cansada; la subida entre los pinos es ideal y quiero saborearla a mi placer yendo a pie y por donde me plazca...

Después comprendí por qué papá me miró fijamente y miró después hacia un punto más alto del pinar sonriendo vagamente. El bayo arrancó al trote, hice una seña al botones para

que se alejase también y pausadamente seguí mi ascensión.

Caminaba por la parte de monte que mira al mar y sentía su rumor amoroso viendo, blancos y admirables, los remolinos de espumas al entrar y salir de las olas en las concavidades de las peñas.

Muchas barcas regresaban de la pesca y los hombres, con agua hasta la rodilla, empujaban el bote hasta encallar en la arena. Se arremolnaban las mujeres para recoger en grandes banastas el pescado y desde aquella altura oía los gritos de alborozo, las exclamaciones de alegría, las preguntas de las revendedoras que acosan a los pescadores, los dentustos de los rudos atletas de mar para aquellas que se atreven a ofrecer precios escasos, irrisorios y ofensivos a veces...

Y todo aquel griterío subía en ondas de armonía extraña mezclado con los efluvios de la brisa que ya comenzaba a soplar. El carabenero, en pie, inspeccionaba la descarga del tesoro marino cumpliendo con las ordenanzas; y su sombra estilizada y sola, separada del grupo inquieto, alargada por el sol sobre la sábana de la arena, parecía un

dibujo fantástico, una de esas figuras inverosímiles que en las revistas ilustradas nos prodigan pintores modernistas y extravagantes.

Doblé el ángulo saliente de la montaña y, entonces, un nuevo paisaje se ofreció a mi vista... La vega... Grande, cruzada por cintas plateadas que susurraban cristalinas romanzas, verde, fresca, lozana, sembrada de castañas y de huertos donde los árboles pelados de fronda y los naranjos acicalados de fruto recibían el calor del sol. Me paré deslumbrada. El panorama era grandioso, multicolor, sorprendente. Una gema donde se concentraban todos los cambiantes múltiples de la belleza natural, una esmeralda de vividos y rutilantes tonos... Los pájaros trinaban en derredor mío; más abajo, bandadas de palomas bordaban el azul del cielo trezando caprichosas idrías con su raudo volar. Más abajo aún, en los bancales de barbecho, los hombres se inclinaban trabajando reverentemente la tierra. Absorta en mi contemplación, no oí pasos a mi espalda pero tuve de pronto la sensación de que no estaba sola y me estremecí ligeramente cuando, al resbalar mis